

Diego Muñoz

Cervantes, su época y el Quijote

1.—CERVANTES



SEGURAMENTE, somos muchos los que hemos descubierto y redescubierto el Quijote en la misma forma. Fué en los primeros días de mi adolescencia cuando me encontré con él en la biblioteca de mi padre. Eran dos inmensos tomos profusamente ilustrados con estampas en colores. Después debí leerlo en los estudios secundarios y, más adelante, llegaron a mis manos diversos estudios y referencias. No sé mucho más que otros, por lo tanto; pero acaso pueda añadir útilmente algo de lo que ha sido descubierto y observado por algunos estudiosos contemporáneos que han escudriñado en Cervantes y, particularmente en el Quijote, como en tantos otros genios universales a través de sus creaciones.

No se sabe la fecha precisa del nacimiento de Cervantes, acaecido en Alcalá de Henares y lo que es más grave, se ignora el sitio en que descansan sus restos; pero son muchos millones de personas las que le conocen, en cambio, como «el príncipe de los ingenios»; nieto de un abogado y juez e hijo de un cirujano, que amó las aventuras, que fué a la guerra, que cayó cautivo y que elaboró planes de evasión, no sólo para sí mismo, sino también para sus compañeros de infortunio, a lo largo de siete

años de cautiverio. Son muchos millones de personas las que conocen la imagen de este hombre de vida tan rica en experiencias, y cuyo autorretrato dice, a la letra: «...rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz curva, aunque bien proporcionada, y las barbas de plata, que no ha veinte años que fueran de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña... la color viva, antes blanca que morena»... Exactamente. la misma imagen que se reveló en aquella tabla partida en dos trozos y que llegara casualmente a manos de un profesor de dibujo para ser cuidadosamente ensamblada y restaurada como la obra de don Juan de Jáuregui, pintor y poeta sevillano, realizada allá por 1600.

Este es Cervantes; al decir de muchos, uno de los tres colosos que ha dado la humanidad: Homero, que escribió acerca de dioses y héroes; Shakespeare, que escribió sobre príncipes; y Cervantes, que escribió acerca de seres vulgares de la tierra.

Homero, en los más remotos tiempos de la literatura; Shakespeare y Cervantes, en una misma época, en unos mismos días. La primera edición de la primera parte del Quijote apareció en 1605, el mismo año en que se publicaba la primera edición de Hamlet. Aquel año nació en Inglaterra el príncipe reflexivo, dubitativo, especie de encarnación de la inercia, y nació también, en España, el caballero andante, decidido, brioso, infatigable, especie de símbolo del movimiento. Dos personajes. Dos términos opuestos: la inercia y el movimiento.

Sin embargo, Shakespeare y Cervantes no se conocieron. Es probable que ni siquiera leyesen recíprocamente sus obras. La distancia geográfica que los separaba, y que en aquel tiempo era inmensa, hoy es casi nula. La diferencia de idiomas que entonces era un muro no es hoy más que un vidrio transparente. En nuestros días, la palabra de un gran hombre puede ser escuchada simultáneamente, en una docena de idiomas.

De entonces a hoy hemos avanzado tanto que podemos decir, parodiando a Cervantes:

«Dichosa edad, y siglos dichosos éstos en que la humanidad puede compenetrarse de tal manera, que le es posible avanzar cada día más estrechamente unida».

Cervantes y Shakespeare, esos dos inmensos genios de una misma época, de unos mismos días, cuyas vidas no se encontraron, se unieron, en cambio, en el instante de pasar gloriosamente a la inmortalidad: murieron en un mismo año, en un mismo mes, con diferencia sólo de horas.

2.—SU ÉPOCA

Apareció el Quijote y, mientras los gramáticos se empeñaban tercamente en hallarle defectos y deformidades, miles y miles de lectores, luego de gozar ávidamente sus páginas, lo comentaban y lo aplaudían. Y no era solamente que estuviesen ya hartos de novelas de caballería—y con sobrada razón, porque se había acumulado una montaña de inauditas aventuras, de inverosímiles y absurdas hazañas, de fantásticas batallas con gigantes y bestias espantosas, de mentiras y patrañas tejidas alrededor del concepto del honor, de la fe religiosa y del respeto al rey. Había más: este libro traía algo nuevo a un pueblo que estaba transformándose.

Este pueblo estaba mirándolo todo y también observándose a sí mismo. Por todas partes, mendigos y vagabundos, tahures y miseria. En la corte, disipación, arbitrariedad, favoritos omnipotentes, parásitos. En el llano, defensa de los fueros y derechos. La ciencia había hecho grandes descubrimientos e invenciones. La conquista de América había desencadenado el pillaje colonial. A España llegaban en abundancia los metales preciosos. Se había desarrollado la navegación con gran impulso. El comercio se había incrementado en forma portentosa y las industrias iban creciendo de más en más, estimuladas por la extensión de los mercados. Un vasto sector social se había adueñado de estas actividades, y ya se advertía la pugna. Por un

lado la burguesía naciente, en ascenso constante. Por el otro lado, las vallas que oponía el régimen feudal. Moría lo viejo y nacía lo nuevo, cuyos gérmenes sociales aparecían, precisamente, en las páginas de aquella obra genial. El mundo iba descomponiéndose. La monarquía iba decayendo. El Renacimiento, al mismo tiempo que iba dejando atrás el derecho canónico, iba señalando la ruta del derecho romano que consagraba la persona humana, la propiedad privada, la libertad de comercio y todas sus complejas consecuencias.

El pueblo tuvo que ver, pues—o, al menos, sentir agudamente—que aquel libro era una parodia burlesca de los libros de caballería, a través de cuyas páginas se hacía presente la declinación del feudalismo y el nacimiento de una nueva fuerza social que un par de siglos más tarde, a la luz de los enciclopedistas que le allanaron el camino, habría de asaltar la Bastilla, en la gran revolución del siglo XVIII.

3.—EL QUIJOTE

Los innumerables admiradores de Dostoiewski deben saber que el gran novelista dijo: «No hay en todo el mundo obra más profunda y vigorosa que ésta». Este solo juicio basta para llegar a la conclusión de que el Quijote no pudo ser escrito solamente para ridiculizar un género literario—las novelas de caballería. Hay quienes lo sostienen aún, a despecho de las propias palabras de Cervantes, que se sentó a escribir «una inventiva contra los libros de caballería», pero de manera «que tire lo más que fuere posible a la verdad»... Por eso, la venta es venta y no castillo; los molinos de viento, molinos y no gigantes. Y hay quienes sostienen que su libro contiene crítica contra un emperador, contra ciertos personajes, contra una iglesia. Puede ser. Todo eso fué cosa vista y oída por Cervantes, y nada de extraño tiene que le abriera cauce para darle entrada a su genial obra, a fin de enriquecerla.

Cervantes había visto y quería hacer ver. Para ello, nada más fácil que crear un personaje: aquel personaje inmortal que entra a un mundo verdadero y que lo recorre íntegramente. Un mundo verdadero; es decir, no un mundo de príncipes, de nobles ni de monstruosas fantasías, sino de barberos, sacerdotes, ladrones, venteros, labradores, molineros, pastores, mercaderes. El mundo real: la sociedad contemporánea.

Por eso, al lado de la duquesa ociosa, ignorante y superficial, están las mujeres del pueblo, virtuosas o casquivanas, ingenuas o iluminadas de sabiduría popular, apasionadas y desdichadas. Por eso el libro contiene ideas acerca del Estado y de la administración pública. Y es dramático y alegre, sabroso y amargo, preñado de filosofía y de buen decir, manantial y fuente para estudios de toda índole.

A veces se pretende hacer del Quijote una imagen simple del ridículo. Bien para una vez, o para un objetivo superficial revestido de cierta elegancia, a costa del gran genio español.

Pero el Quijote, en verdad, es un personaje elevadamente noble y profundamente humano. Hidalgo empobrecido, sin relaciones sociales, viejo ya y solterón, decide no seguir viviendo para sí y para su hacienda, sino para el mundo exterior que le asalta diariamente con su llamamiento; vivir no para su confortable aislamiento, sino para la sociedad humana. Las mentiras y patrañas de los libros de caballería le han revelado una verdad inmensa que lo atrae con un mandato imposible de desoír: es necesario implantar la justicia sobre la tierra. Esta es la gran verdad que lo conmueve hasta la locura.

Y tras ella abandona sus comodidades, monta sobre su flaco Rocinante y se dispone a ir en defensa de los humildes y de los oprimidos, a desfacer entuertos, a restablecer la justicia.

Don Quijote es un hombre esencialmente moral. Sus razonamientos y discursos tienen un contenido elevadísimo. Su amor por Doña Dulcinea no tiene nada de sensual; es un amor sublime y pudoroso. En la segunda parte de la obra, ya no es

apaleado, ni parece extraño ni ridículo: el Caballero de la Triste Figura es ahora un amable conversador que trata con duques y duquesas y un sabio consejero para su escudero convertido ya en gobernador.

Don Quijote es una enseñanza para los ilusos de todos los tiempos, y particularmente de hoy; no hay que dejarse arrastrar por el fuego del entusiasmo, por la locura de ver hecha la justicia en un instante; semejante vehemencia ciega el entendimiento y deforma la realidad ante los ojos, y ello no trae ni puede traer, naturalmente, sino desastrosas consecuencias. Hay que amar la justicia, pero esta pasión no debe cegarnos; es necesario ver la realidad tal cual es, a fin de no errar el camino y para no estrellarse contra los molinos de viento. Y es necesario también obrar con verdadera eficacia, y no superficialmente. Porque, si bien Don Quijote hace justicia cuando libera al muchacho de los azotes de su amo, también es cierto que, no bien se aleja, y ya en ausencia suya, el castigo cae redoblado sobre el desdichado mozo.

Grande y humano es Don Quijote, y grande y humano es, también, Sancho. Y si no, que lo diga la sabiduría de sus disposiciones como Gobernador de la ínsula de Barataria, que trasantan los pensamientos populares de justicia y equidad.

Sancho es un genuino representante del pueblo y tiene, por lo tanto, todas las nobles virtudes de éste.

Como hombre prudente, sensato, equilibrado que es, sabe perfectamente que don Alonso Quijano no está en sus cabales, que ha perdido el juicio, que se ha vuelto loco. Pero al mismo tiempo, entiende que la suya es una locura santa: la de ir a implantar la justicia. Una misión que los pueblos vienen esperando, de siglo en siglo, que se cumpla cabalmente. Y no vacila; abandona su hogar, en el cual no faltan nunca la cebolla y el pan, para seguir tras Don Quijote de la Mancha, sufriendo aquí y allá hambre y contrariedades.

Hasta que llega el momento final, el momento supremo en que el Caballero de la Triste Figura, en su lecho de muerte, recupera el juicio antes de espirar.

Y allí, arrodillado, Sancho llora amargamente. La aventura ha terminado; pero su buen sentido, allá, en lo más hondo de su ser, le revela que la causa tras la cual anduvieron era, es y será buena.

Y, ya salido de las páginas de este libro genial y vuelto a ser pueblo, recobra su fe en que más adelante, en otra oportunidad, siglos más tarde, habrá de aparecer un nuevo caballero, que acaso pueda ser él mismo.